

ÁLVARO SOTO CARMONA
(Coord.)

LA DEMOCRACIA HERIDA
La tormenta perfecta

CÁTEDRA DE ESTUDIOS IBEROAMERICANOS
JESÚS DE POLANCO

Marcial Pons

MADRID | BARCELONA | BUENOS AIRES | SÃO PAULO
2019

ÍNDICE

	Pág.
INTRODUCCIÓN, por Álvaro Soto Carmona.....	15
I. ESTUDIOS	
LOS DIAGNÓSTICOS SOBRE LA CRISIS DE LAS DEMOCRACIAS: DESDE LA LUCHA POR LA ETIQUETA A LAS PROPUESTAS DE REFORMA INSTITUCIONALES, por Elena García Guitián	37
I. El controvertido concepto de democracia y la construcción de modelos normativos.....	40
II. Los regímenes políticos democráticos y la lucha por las etiquetas.....	43
III. Transformaciones estructurales.....	46
1. La difícil convivencia entre sistema económico capitalista y democracia.....	47
2. La revolución de las tecnologías digitales.....	49
3. Las crisis de representación	50
IV. Las respuestas de las democracias a las transformaciones estructurales de nuestras sociedades.....	53
<i>AMERICA FIRST: ¿POR QUÉ VENCIO DONALD TRUMP?</i> , por Roberto Muñoz Bolaños.....	59
I. La excepcionalidad norteamericana	59
II. Una nación, dos culturas.....	68
III. Trump: el triunfo del populismo de derecha.....	80
IV. Conclusión.....	103

	Pág.
EL MALESTAR LATINOAMERICANO Y EL OCASO DE LOS HÉROES, por Gilberto Cristian Aranda Bustamante...	107
I. Argentina: dificultades económicas y corrupción	125
II. Judicialización de la política y caudillismo en Brasil	128
III. El laberinto venezolano	132
IV. La eternidad de Morales	144
V. Las paradojas peruanas	147
VI. Conclusiones.....	150
MEDIO ORIENTE TRAS LAS REVUELTAS ÁRABES DE 2011. DE LAS MOVILIZACIONES SOCIALES A LAS DISPUTAS INTERNACIONALES, por Fernando Cama- cho Padilla	153
I. Características de las protestas	156
II. La internacionalización del escenario político	167
III. El aislamiento de Qatar.....	174
IV. Conclusiones.....	177
DEMOCRACIA SIN LIBERALISMO: EL NACIONAL-PO- PULISMO EN HUNGRÍA Y POLONIA (1990-2018), por Ricardo Martín de la Guardia y Guillermo Pérez Sánchez...	179
I. Introducción: el populismo de extrema derecha en el este de Europa	179
II. Hungría y la lucha por un espacio propio: <i>Jobbik</i> y <i>Fidesz</i>	185
III. Nacional-catolicismo en la derecha populista polaca....	202
IV. Conclusiones.....	211
DEL FRENTE NACIONAL AL REAGRUPAMIENTO NA- CIONAL (1972-2018): CINCO DÉCADAS DE IMPRON- TA NACIONAL POPULISTA EN LA POLÍTICA FRAN- CESA, por Bruno Vargas.....	219
I. Las raíces del Frente Nacional.....	221
II. Principios permanentes, estrategias fluctuantes	224
III. La izquierda y la derecha ante el Frente Nacional.....	234
IV. La empresa de «desdiabolización» del partido	240
V. El electorado del Frente Nacional	250
VI. Conclusión.....	255

	Pág.
REINO UNIDO. <i>BREXIT</i> O EL NIÑO QUE QUERÍA JUGAR SOLO, por Alejandro Quiroga Fernández de Soto	259
I. Narrativas nacionalistas en la Gran Bretaña europea (1973-2008).....	261
II. Las políticas del miedo en tiempos de crisis económica (2008-2016).....	267
III. Delirios imperiales y realidades políticas (2016-2018)...	279
IV. Conclusión.....	285
ITALIA: LA CRISIS PERMANENTE, por Jonathan Hopkin...	289
I. Democracia <i>all'italiana</i> : <i>Partitocrazia</i> y corrupción en la «Primera República».....	290
II. « <i>Dalla padella alla brace</i> »: Berlusconi y el Partido-Empresa	294
III. ¿« <i>Un Nuovo Miracolo Italiano</i> »? Un empresario político y el declive económico italiano.....	301
IV. La reacción populista (I): El Movimiento 5 Estrellas y el cómico-político	306
V. La reacción populista (II): Salvini y la reinención de la <i>Lega</i>	312
VI. Conclusión: ¿gobierno de la gente?.....	317
ESPAÑA. TIEMPOS DE VINO Y ROSAS (De la crisis económica a la crisis de legitimidad), por Álvaro Soto Carmona ...	321
I. Los problemas de gobernabilidad, que cuestionan y condicionan la vida política.....	325
II. La economía debilita la credibilidad política y deteriora el bienestar. Los ciudadanos cada vez más escépticos	338
III. Nuevas formas de protesta. Algo está cambiando.....	345
ESPAÑA Y CATALUÑA, UN INQUIETANTE MALESTAR, por Alberto Reig Tapia	355
I. ¿Hay un hecho histórico diferencial genuinamente catalán?	357
II. A la conquista de la soberanía.....	361
III. Los mitos del independentismo	371
IV. Objetivo: alimentar la crispación	372
V. La Nación común, la propia y la ajena	374
VI. Bibliografía	382

	Pág.
UNA COMUNICACIÓN PARA LA MEMORIA. El papel de los medios de comunicación en la superación de las injusticias, por Ariana Guevara Gómez.....	387
I. Introducción	387
II. La injusticia y la memoria de los vencidos	388
III. La ética en los medios de comunicación: la visión del Otro.....	390
IV. La memoria en los medios	397
V. La comunicación y el poder de quienes sufren	409
VI. Reflexiones finales	414
EL CONCEPTO DE PROPIEDAD INDÍGENA EN EL TRIBUNAL EUROPEO DE DERECHOS HUMANOS, por Mar Antonino de la Cámara	417
I. Introducción	417
II. El concepto de propiedad indígena.....	419
III. Posición del TEDH y de la Corte Interamericana de Derechos Humanos.....	425
1. La ley sustantiva del Convenio Europeo de Derechos Humanos	425
— El art. 8 del Convenio Europeo de Derechos Humanos y el art. 1 del Protocolo núm. 1 del Convenio: derecho a la vida privada frente a derecho a la propiedad colectiva	425
— La Corte Interamericana de Derechos Humanos y el art. 21 de la Convención Americana sobre los Derechos Humanos: el derecho a la propiedad privada	429
2. Los obstáculos procesales	432
— El art. 34 del CEDH: las demandas individuales....	432
— Las causas de exclusión <i>ratione temporis</i>	435
— La Corte Interamericana de Derechos Humanos y la <i>ratione temporis</i>	438
— El agotamiento de los recursos internos.....	440
— La Corte Interamericana de Derechos Humanos y el agotamiento de los recursos internos.....	446
IV. Conclusiones	448

	<u>Pág.</u>
ALUMNOS GRADUADOS EN LA QUINTA PROMOCIÓN DEL MÁSTER EN GOBERNANZA Y DERECHOS HU- MANOS (2015).....	451
INSTITUCIONES Y ORGANISMOS COLABORADORES EN EL PRACTICUM DEL MÁSTER EN GOBERNAN- ZA Y DERECHOS HUMANOS.....	453

INTRODUCCIÓN

El 25 de abril de 1974 se produjo la *revolución de los claveles* en Portugal poniendo fin a una larga dictadura iniciada en 1926, en pleno periodo de entreguerras, marcado por «la crisis del parlamentarismo» y la «brutalización de la política» en Europa¹. Pocos meses después, en julio de 1974, se produjo la caída de la «dictadura de los coroneles» en Grecia; y el 20 de noviembre de 1975 fallecía Francisco Franco, dictador en España desde su triunfo en la Guerra Civil en 1939. Estos tres hechos, acaecidos en apenas un año en el sur de Europa, señalaban el comienzo de una larga etapa donde se iba a asistir a la implantación de «democracias electorales» por todo el mundo, dando lugar al convencimiento desde el ámbito académico y de la política de que estábamos viviendo «el triunfo de la democracia», reduciéndose la influencia de los modelos políticos autoritarios y alternativos².

En 2016 el 40 por 100 de la población mundial vivía en países considerados como «libres», el 26 por 100 en países «parte libres» y el 36 por 100 «no libres» como reflejaba *Freedom House* en sus informes anuales³. Los dos grandes «agujeros negros» de la democracia eran los países árabes y la República Popular China.

¹ Véase el libro editado por Fernando DEL REY y Manuel ÁLVAREZ TARDÍO, *Políticas del odio. Violencia y crisis en las democracias de entreguerras*, Madrid, Tecnos, 2017.

² Para una visión cíclica y evolutiva de la democracia es conveniente conocer los trabajos de Samuel H. HUNTINGTON, *La tercera ola: la democratización a finales del siglo XX*, Barcelona, Paidós Ibérica, 1994; y John MARKOFF, *Olas de democracia. Movimientos sociales y cambio político*, Madrid, Tecnos, 1999.

³ Consultar la página web de *Freedom House* (<https://freedomhouse.org>). En concreto el informe *Freedom in the World 2016*.

Si en 1974 había 41 democracias electorales, lo que suponía el 27 por 100 del total de países, en 2016 el número de democracias ascendía a 135 países, el 69 por 100.

La extensión de la democracia había llegado a todos los continentes, recibiendo un importante impulso con el colapso de los países comunistas, tras la caída del Muro de Berlín en 1989. En África desde la década de los noventa se avanzó de forma considerable en la denominada «segunda liberación» (Benín, Senegal, Sudáfrica, Sierra Leona...), al igual que en Asia y en América Latina, tras el final de un ciclo regresivo en lo político iniciado en Brasil en 1964 y condicionado por la *Doctrina de la Seguridad Nacional*.

Este ciclo político abierto en 1974 viene mostrando síntomas de agotamiento en los últimos años. Desde comienzos del nuevo milenio han ido apareciendo problemas políticos que se han complicado con la crisis económica y financiera iniciada en el segundo lustro del siglo. La crisis ha tenido un efecto multiplicador de las deficiencias políticas, muy condicionadas por los cambios culturales habidos en las nuevas generaciones. Asistimos, por tanto, a un cuestionamiento de las «verdades» existentes, entre ellos la propia democracia representativa, el funcionamiento del sistema económico, las instituciones, avanzando hacia el unilateralismo, el proteccionismo, incrementándose los egoísmos nacionalistas, como se puso de manifiesto durante la crisis de los refugiados⁴. Mientras tanto se asiste a una amenaza global, violenta, encabezada por grupos terroristas, en buena medida ligados a planteamientos religiosos. Como nos dice Antonio Muñoz Molina: «Todo lo que era sólido se desvanece en el aire. Lo que recordamos es como si no hubiera existido. Lo que ahora nos parece retrospectivamente tan claro era invisible mientras sucedía»⁵.

Hemos entrado en un ciclo político distinto, marcado por una falta de credibilidad de las democracias representativas, que conlleva al cuestionamiento de paradigmas existentes en el campo político y, consecuentemente, a una crisis de legitimidad. Ello se ha visto alimentado por una crisis económica, que pone de nuevo en evidencia el carácter cíclico del capitalismo, que está siendo

⁴ Natalia MORAES y Héctor ROMERO (coords.), *La crisis de los refugiados y los deberes de Europa*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2016.

⁵ Antonio MUÑOZ MOLINA, *Todo lo que era sólido*, Barcelona, Editorial Seix Barral, 2013, p. 17.

cuestionado por la profundización de las desigualdades sociales y por el perverso funcionamiento del mercado⁶. Todo ello es el resultado de una crisis de «raíces culturales», mucho más intensa y aguda de lo que inicialmente se pudo pensar⁷. A ello se han incorporado formas de protesta diferentes y distintos tipos de acciones colectivas que han roto con los modelos habituales a los que se había acostumbrado la sociedad, y que son síntomas de los cambios de valores que se están produciendo. Estaríamos asistiendo a una especie de «tormenta perfecta».

Buen ejemplo de esto último fueron las protestas habidas en las ciudades dormitorio que limitan con París, en octubre del 2005, cuando tras la muerte de dos jóvenes africanos musulmanes se puso en marcha un movimiento de jóvenes que simbolizaron su rabia en la quema de vehículos estacionados en las calles. El 5 de noviembre fueron quemados 1.295 vehículos y detenidas 312 personas. El movimiento conjugaba una insatisfacción por las expectativas de futuro para los jóvenes, junto a la pobreza, tensiones raciales y religiosas. La Francia de acogida veía cómo las generaciones jóvenes de padres emigrados no se sentían integradas. Lo mismo sucedió en Chile un año después con el denominado movimiento «pingüino», en el que estudiantes de secundaria demandaban poner fin a las medidas llevadas a cabo por la dictadura del general Pinochet, que tanto daño habían hecho a la enseñanza pública. Este movimiento fue continuado en la universidad unos años después, manifestando el rechazo de los jóvenes a lo que denominaban «cesiones» habidas durante el proceso de transición a la democracia, que dio lugar a la aparición de líderes (Camila Vallejo, Gabriel Boric...) que luego obtendrían su acta de diputados, representando nuevos sectores de la izquierda alternativa.

Entre tanto se producía un hecho que sería reivindicado en años posteriores, la denominada «revolución de las cacerolas» en un pequeño país, Islandia, con la quinta renta *per cápita* más alta del mundo en el 2007, un elevado poder adquisitivo y una sólida estabilidad política. El hundimiento de su economía, como consecuencia de la especulación financiera, provocó la derrota de

⁶ Thomas PIKETTY, *Capital in the Twenty-First Century*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2014.

⁷ Alessandro RONCAGLIA, *Economistas que se equivocan. Las raíces culturales de la crisis*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2015.

los partidos conservadores que habían gobernado desde 1927 y la llegada al poder de una coalición «verdirroja» a comienzo de febrero del 2009, con un programa político regenerador, que incluía la nacionalización de la banca, el rechazo a pagar la deuda al Reino Unido y los Países Bajos y el inicio de un procedimiento legal contra los responsables de la crisis. Ello permitió la recuperación de su economía entre el 2011 y el 2012 y un peculiar proceso constituyente, solo viable en un país con unas dimensiones pequeñas, que reforzó la presencia de lo público en la economía y la protección de la naturaleza. Medidas todas ellas a contracorriente de las que se fueron aplicando en Europa Occidental⁸.

Al mismo tiempo se produjo el inicio de la «primavera árabe»⁹, que se convirtió en un movimiento muy amplio iniciado en Túnez a finales de 2010, seguido en Egipto, extendiéndose, con más o menor intensidad y virulencia, a Libia, Bahréin, Siria y Yemen. En estos últimos países, excepto en el caso de Bahréin, hubo guerras civiles y descomposición de las instituciones del país en el caso Libia y Yemen. También hubo movilizaciones, aunque menores, en Argelia, Jordania, Kuwait, Marruecos, Omán, Territorios Palestinos Ocupados y Arabia Saudí, y fuera del mundo árabe, pero relacionado con él, Israel e Irán.

Las causas de estas movilizaciones fueron múltiples: por un lado, se había producido un creciente deterioro económico por la progresiva incorporación de estos países a los mercados mundiales; por otro los cambios demográficos favorecieron la urbanización y el incremento de la población joven, mejor formada y con acceso a los medios de comunicación no oficiales y alternativos en su visión del mundo. Estos jóvenes se encontraban con falta de libertades, ausencia de expectativas, marginalidad y represión, lo que les condujo a la movilización. La suma de malestar y movilización explica la aparición de la revuelta y la pérdida del miedo.

La caída de Ben Ali en Túnez, tras veintitrés años de dictadura, y la de Hosni Mubarak en Egipto, hicieron pensar en Occidente que se trataba de movimientos democráticos, pero fue más un deseo que una realidad, ya que excepto en Túnez, en

⁸ Manuel CASTELLS, *Redes de indignación y esperanza. Los movimientos sociales en la era de Internet*, Madrid, Alianza Editorial, 2012, pp. 47-58.

⁹ Antoni SEGURA, *Estados Unidos, el Islam y el nuevo orden mundial. De la crisis de los rehenes de 1979 a la primavera árabe*, Madrid, Alianza Editorial, 2013.

los demás países surgieron intensos conflictos civiles, o dictaduras militares como en el caso de Egipto (Al-Sisi, 2013).

Mientras tanto una ola de protesta se fue extendiendo por numerosos países. Se trataba del movimiento de los «indignados», que rompía con los actores tradicionales y sumaba a personas de distintas edades, con situaciones muy diferentes en el mercado de trabajo y reivindicaciones variadas. España¹⁰ se convirtió en un referente mundial. Las demandas fueron de naturaleza diferente: las hubo a favor de una democracia participativa (*¡Democracia real Ya!*); críticas al mundo político, en especial la corrupción de los partidos o la ley electoral (*¡No nos representan!*); contra el funcionamiento del sistema financiero, del mercado de trabajo (*Juventud sin futuro*), de los planes educativos (el plan Bolonia), de internet o solicitando viviendas dignas. Era un movimiento horizontal y apartidista, que fue capaz de superar las tradicionales movilizaciones de los trabajadores. De hecho, a los sindicatos se les acusaba de ser parte del sistema, culpabilizándoles de la situación. A partir del 15M del 2011 la acampada de la Puerta de Sol en Madrid tuvo una repercusión internacional. En poco tiempo se extendió a otros países como Bélgica, Francia, Italia, México o Israel. En Estados Unidos se produjo un movimiento contra el poder de las empresas en las puertas del templo del capitalismo en Nueva York (*Occupy Wall Street*).

Estos movimientos implicaron una recuperación de los espacios públicos (Plaza de Tahrir —Egipto—, Plaza de la Perla —Bahréin—, Puerta del Sol —Madrid—, Zuccotti Park —Nueva York—...), como había sucedido en otros momentos históricos del pasado (San Wenceslao en Praga, en 1989; Plaza de las Tres Culturas en México, 1968; el Barrio Latino, en París, en 1968; el Palacio de Invierno, en Petrogrado en 1917; La Vendôme en París en 1871...). El espacio público aparecía así como un espacio autónomo, donde las personas se reunían, hablaban, debatían, trataban de superar sus diferencias, planteaban críticas a un sistema injusto y luchaban por reconstruir una sociedad desde abajo.

El movimiento de los «indignados» en poco tiempo pasó a diluirse o convertirse en partidos políticos, lo cual parecía indicar

¹⁰ El trabajo más completo y documentado es el de Cristina MONGE LASIERRA, *15M. Un movimiento político para democratizar la sociedad*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2017.

que el sistema político todavía tenía capacidad de asimilar a los movimientos que nacían contra él mismo. Pero lejos de desaparecer la protesta, van apareciendo nuevas formas de descontento, como el caso de los «chalecos amarillos» en Francia, que toman el relevo a las habidas con anterioridad.

Estamos en el fin de un ciclo político, donde se cuestionan «verdades» establecidas y que en su tiempo fueron sólidas. Estamos ante el agotamiento de las recetas económicas, que muestran a unos economistas secos de ideas y sin recetas que señalen el camino del cambio y den esperanzas a una población cada vez más escéptica. Estamos ante una crisis cultural, donde se cuestionan demasiadas cosas, mientras fluyen pocas ideas que aporten luz. En suma, estamos ante la aceleración del «tiempo histórico».

El fin del ciclo político iniciado en 1974 supone el cuestionamiento de la democracia representativa, aunque sigue teniendo apoyos importantes. Ese cuestionamiento tiene que ver con la desconfianza en las instituciones, especialmente en el Parlamento, el Gobierno, y el creciente desapego a los partidos políticos¹¹. Como ya se ha indicado la crisis económica tuvo un efecto multiplicador y desalentador para los ciudadanos que han visto perder o deteriorarse su bienestar. Ello ha dado lugar al desarrollo de discursos sin principios, oportunistas, en los que tan solo se dice aquello que se desea oír sin tener ningún sustento real. Nos encontramos en la tierra fértil para los «populismos» o los «neófitos de la política», que cuestionan las reglas de juego, confundiendo en ocasiones con los antisistema, pero no dudando en debilitar a las instituciones, gobernar condicionados por la movilización social, marginando la opinión electoral y planteando cambios inasumibles, para lo que se apoyan en un supuesto «proceso constituyente permanente».

La explicación cultural tiene que ver con los cambios generacionales¹². Así en Estados Unidos, entre la población nacida

¹¹ Berta BARBET, «La crisis de legitimidad del poder legislativo. Alcance y causas de la crisis del sistema de representación parlamentaria», en Felipe GONZÁLEZ, Gerson DAMIANI y José FERNÁNDEZ-ALBERTOS (eds.), *¿Quién manda aquí? La crisis global de la democracia representativa*, Madrid, Penguin Random House Grupo Editorial, 2017, pp. 131-166.

¹² Son muy interesantes la información y el análisis realizado por Yascha MOUNK, *El pueblo contra la democracia. Por qué nuestra libertad está en peligro y cómo salvarla*, Barcelona, Paidós, 2018, pp. 105-136.

en la década de los treinta del siglo pasado el 84 por 100 tiene interés por la política, en cambio de los nacidos en la década de los ochenta tan solo el 44 por 100 tienen interés. En el 2014 la confianza en las instituciones era muy baja: tan solo el 30 por 100 confiaba en el Tribunal Supremo, el 29 por 100 en la Presidencia, o el 7 por 100 en el poder legislativo; mientras que en la década de los setenta del siglo pasado la confianza representaba el 40 por 100.

Siguiendo en Estados Unidos, el 71 por 100 de la población nacida en los años treinta considera que la democracia es «esencial», cuando nos referimos a la generación nacida en los ochenta, ese porcentaje se sitúa en el 29 por 100; tendiendo a reforzarse el porcentaje de la población que apoyaría un «líder fuerte» (autoritario): en 1995 representaban el 34 por 100, en el 2011, el 44. Incluso la opción de apoyar a un «gobierno militar» también ha aumentado, especialmente entre los más jóvenes.

Fuera de Estados Unidos el panorama es más complejo, ya que existen países que hace poco tiempo sufrieron una dictadura, junto a otros que son «democracias duraderas». Entre estas últimas las pertenecientes al mundo anglófono (Reino Unido, Canadá...) muestran opiniones parecidas a las de Estados Unidos. En otros países se observa un cierto cansancio (países nórdicos, Holanda, Austria...). En cambio, en los países que tuvieron procesos de transición desde 1974, como España o Chile, se mantiene un alto apoyo a la democracia, aunque estén soportando problemas importantes en la vida política.

El lenguaje político se ha ido endureciendo, los rivales electorales se convierten en enemigos que deben «desaparecer». La mediocridad de los líderes políticos se basa en su capacidad de descalificación del adversario, al que hay que destruir. Los gobiernos desconfían de los parlamentos y acuden cada vez más a decretos-leyes, eludiendo los debates y aplicando la urgencia en función de sus intereses y no de la sociedad. E incluso se amenaza con encarcelar a los oponentes políticos o no reconocer los resultados electorales, como hizo durante la campaña Donald Trump. Se han rebasado límites inimaginables y el lenguaje existente nos recuerda al periodo de entreguerras.

Los asuntos que trata el libro que los lectores tienen en sus manos tienen una alta volatilidad. Durante la elaboración del mismo

fueron surgiendo acontecimientos importantes que obligaron a una revisión de los textos. Ello condiciona su lectura. Los autores forman parte de un conjunto de disciplinas que provienen de las Ciencias Sociales (politólogos y sociólogos) o de las Humanidades (historiadores), pero que tienen un punto de encuentro en la *Historia del Tiempo Presente*, donde la colaboración entre materias es imprescindible para avanzar en el conocimiento. Abordar el pasado, analizando acontecimientos cercanos en los que las generaciones protagonistas están presentes¹³, es un reto, y más cuando dichos procesos históricos no están concluidos¹⁴. Es el caso que nos ocupa.

Reflexionar sobre el marco teórico es una obligación que cada vez se tiene más desatendida desde los espacios académicos. Por ello, creímos necesario que el primer capítulo del libro hiciera un diagnóstico sobre las causas, tan diversas, que dan por sentada la crisis de legitimidad en las actuales democracias.

El texto de la politóloga Elena García parte de un mundo globalizado, donde los movimientos migratorios o los nuevos tipos de conflictos armados ponen a prueba las instituciones democráticas. Se deben tener en cuenta las diferencias existentes en torno al propio concepto de democracia, las distintas formas en las que se abordan los problemas existentes y los múltiples procesos de toma de decisión.

Tras las dos Guerras Mundiales las democracias tendieron a convertirse en la forma legítima de gobierno. Pero las diferentes concepciones o experiencias históricas pusieron de manifiesto visiones normativas distintas, pese a que a la hora de analizar su crisis se tendiera a simplificar su significado.

La existencia de una evolución en el tiempo, siguiendo a Crawford Brough Macpherson, da lugar a cuatro modelos: la democracia como protección; la democracia como desarrollo; la democracia como equilibrio y, más recientemente, la democracia participativa. Todo ello, manteniendo la democracia como repre-

¹³ Julio ARÓSTEGUI, *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, Madrid, Alianza Editorial, 2004.

¹⁴ Las cuestiones metodológicas pueden ser consultadas en el libro de Beatriz FIGALLO y Josefá GARCÍA DE CERETTO, *La Historia del Tiempo Presente. Historia y epistemología en territorios complejos*, Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras. Departamento de Historia. Universidad Católica Argentina, 2009.

sentación política y el *Estado de Derecho*, elementos «liberales», a los que se van añadiendo sobre todo las formas de participación ciudadana.

La consolidación de la «democracia liberal», junto con la introducción de las «condiciones procedimentales mínimas de la democracia» enumeradas por Robert Alan Dahl, nos establece una relación directa entre derechos civiles y políticos, sufragio universal, representación y los elementos que constituyen el *Estado de Derecho*. La aparición de modelos que introducen variables, permite hablar de regímenes híbridos, con rasgos de autocracia y democracia, o democracias defectuosas. Aun siendo la «democracia liberal» la que más amplio consenso tiene, lo cierto es que se vienen planteando democracias alternativas: «directas, reales o mediadoras, cuyo elemento común es devolver la soberanía al pueblo», al considerarse que ha sido secuestrada por las élites políticas y cuestionar, por tanto, los sistemas de representación. A ello se añade la difícil convivencia entre capitalismo y democracia, o el impacto que tienen la revolución de las tecnologías digitales. Planteado el problema, la autora se muestra optimista en cuanto a las respuestas de la «democracia liberal», manteniendo una cierta distancia al aluvión de críticas existentes.

La importancia de Estados Unidos en el mundo se encuentra fuera de toda duda, sobre todo desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Sus comportamientos políticos son analizados con lupa, ya que suelen indicar cambios que con el tiempo se trasladan a otros países. La elección de Donald Trump en noviembre de 2016 supuso un auténtico terremoto político, no solo en los Estados Unidos. El resto del mundo occidental tendió a despreciar al candidato, cuando no a ridiculizarlo, y a plantear su posible elección como una bufonada. En cambio, los enemigos tradicionales de los Estados Unidos veían con preocupación su posible elección.

La actitud de desprecio de la mayoría de la intelectualidad europea no deja de ser preocupante y bien descrita por el Premio Nobel de Economía Paul Krugman:

«La gente como yo, y probablemente como la mayoría de los lectores del *New York Times*, realmente no entendemos el país en el que vivíamos. Pensábamos que nuestros conciudadanos no votarían, al final, por un candidato tan manifiestamente descalificado

para el cargo, con un comportamiento tan demente, tan ridículo que da escalofríos [...].

Ha quedado claro que estábamos equivocados. Ha quedado claro que hay un gran número de personas —blancos que viven principalmente en áreas rurales— que no comparten nuestra idea de lo que es América. Para ellos, se trata de sangre y estiércol, de patriarcado tradicional y jerarquía racial. Y hay mucha otra gente que puede no compartir esos valores antidemocráticos, pero que estaban dispuestos a votar por cualquiera que llevarse la etiqueta de republicano.

No sé cómo hemos llegado hasta aquí. ¿Es América un Estado y una sociedad fallida? La verdad parece posible. Creo que tendremos que recogerlos a nosotros mismos e intentar encontrar un camino hacia delante, pero esta ha sido una noche de revelaciones terribles y no creo que sea auto-indulgente sentirse absolutamente desesperanzado».

La llegada de Trump a la Casa Blanca no debe ser atribuida a la casualidad. Existen factores que indican el deterioro de la credibilidad de las élites de Washington, representadas por la candidata demócrata Hillary Clinton. A ello se añadió que al candidato republicano le favorecía el sistema electoral, al tener más electores, pese a recibir menos sufragios directos; ser el candidato del partido le aseguraba el voto tradicional del mismo, y tuvo capacidad para movilizar a los electores del *Rust Belt*.

Desde hacía años algo se estaba moviendo en el mundo conservador norteamericano, existía una elaboración minuciosa de respuestas a los perdedores de la globalización, a los que sentían la pérdida de la identidad nacional, los no capaces de adaptarse a los cambios tecnológicos, aquellos que venían sufriendo descensos de su bienestar, o los que sentían a los políticos alejados de sus intereses y preocupaciones. Fue precisamente en estos sectores de la población donde Trump encontró sus caladeros de votos que le permitieron la victoria.

La llegada de Trump a la presidencia de Estados Unidos, salvando las diferencias nacionales, no sería diferente al ascenso de otros líderes «populistas» como Frauke Petry en Alemania, Marine le Pen en Francia, Geert Wilders en Holanda o Matteo Salvini en Italia. Pese a ello, Roberto Muñoz, nos insiste en que los republicanos no eran un partido nuevo, ni el «populismo» tiene un carácter peyorativo en los Estados Unidos, por lo que habría que insistir en causas específicas, como el realineamiento partidista

que viene sucediendo desde hace años en los Estados Unidos, y lo que nos parece más interesante: «la división de la sociedad norteamericana no se ha articulado sobre criterios económicos, sino culturales y morales».

El mundo latinoamericano ha sufrido en poco tiempo fuertes convulsiones, como pone de manifiesto Gilberto Aranda. Tras las dictaduras de *Seguridad Nacional*, se produjo una ola de democratización con procesos de transición, algunos de ellos ejemplares, que extendieron la democracia a todo el continente. Junto a las transiciones habidas (Chile, Argentina, Perú...), hubo fundaciones democráticas en países de Centroamérica que habían sufrido trágicas guerras civiles (El Salvador, Honduras, Nicaragua...) y reformas democráticas en países que habían vivido una fuerte crisis institucional como Colombia, Venezuela o México.

A ello se añadió la experiencia del «socialismo del siglo XXI», que permitió salir a Cuba de su aislamiento y nuevas experiencias «revolucionarias», dentro de cauces innovadores y, en parte, respetuosos con las democracias, en Venezuela, Ecuador o Bolivia. También se sumó una izquierda potente y más clásica en Chile, Brasil o Argentina.

Este panorama ha variado en poco tiempo con tendencia hacia el autoritarismo, respetando formas democráticas, que se ha manifestado con los cambios de gobierno en Chile, Argentina o Brasil, y con la crisis de los regímenes bolivarianos, en especial Venezuela, con un marcado giro autoritario, al igual que en Nicaragua. El mantenimiento del complejo de «fortaleza asediada» en Cuba no ha permitido una apertura política en la isla. Por último, la situación de Uruguay y México, con gobiernos de izquierda, merece especial atención, en concreto el de este último país por su importancia en el conjunto de la región.

Lo sucedido en el Medio Oriente con las llamadas «primaveras árabes» ha puesto en cuestión el deterioro del orden mundial claramente manifestado desde los atentados del 11S del 2001 en Nueva York. Dicha región venía siendo escenario de un conflicto permanente donde se entrecruzaban causas de muy diversa naturaleza, como la existencia del Estado de Israel, las luchas entre los países árabes, el conflicto religioso entre los sunitas y chiitas, la irrupción del fundamentalismo islámico representado por Irán desde 1979, o el desarrollo de importantes organizaciones arma-

das (grupos terroristas), que desestabilizan toda la zona y tienen cada vez una mayor incidencia en el mundo.

Desde Occidente se pensó que podría tratarse de una oleada de movimientos que condujeran a la democracia política, pero no fue así. Como explica Fernando Camacho, lo sucedido empeoró la situación de la región y desarticuló aún más los regímenes políticos existentes. Las rupturas territoriales plantean la posibilidad de que nos encontremos con la existencia de Estados fallidos, todo ello acompañado de violentas guerras civiles que han desestabilizado la región.

El continente europeo también viene sufriendo importantes cambios. En el 2016 el «potencial del populismo» (número de votantes con opiniones autoritarias populistas) en Europa era: Rumanía, 82 por 100; Polonia, 78 por 100; Francia, 63 por 100; Holanda, 55 por 100; Dinamarca, 49 por 100; Reino Unido, 48 por 100; Italia, 47 por 100; Suecia, 35 por 100; España, 33 por 100; y Alemania, 18 por 100¹⁵.

No solo asistimos al auge de opciones políticas «populistas», sino a una crisis de la *Unión Europea*, donde se han acumulado tensiones internas, que han conducido a situaciones inéditas como el *brexit*, a incumplimientos de principios democráticos, como los que se plantean en países como Polonia o Hungría, o al auge de partidos antieuropeístas¹⁶. A ello se añadió una crisis de liderazgo que, con excepción de la canciller alemana Angela Merkel, ha dado lugar a una generación de dirigentes políticos mediocres.

La incorporación a la *Unión Europea* de los países del Este, que habían estado bajo control comunista, supuso un reto histórico y un compromiso moral por parte de los países occidentales. Si bien era cierto que su peso económico y político era pequeño, también lo eran sus significativos déficits democráticos, sus economías atrasadas y una tradición cultural, construida durante el periodo comunista, distante de la existente al otro lado del Muro

¹⁵ Fran CARRILLO, «El relato del miedo: la construcción del discurso a la contra», en Fran CARRILLO (coord.), *El porqué de los populismos. Un análisis del auge populista de derecha e izquierda a ambos lados del Atlántico*, Barcelona, Grupo Planeta, 2017, p. 159. Los datos son de una encuesta realizada por YouGov.

¹⁶ En lo que coinciden «los movimientos populistas es atacar a Europa», en J. M. MARTÍ FONT y Christophe BARBIER, *La Fortaleza Asediada. Los populismos contra Europa*, Barcelona, Ediciones Península, 2018, p. 9.

de Berlín. Estas herencias, pese a los intentos de «normalización» y occidentalización de sus políticas, han dado lugar a ciertas resistencias y comportamientos alejadas de las prácticas políticas habituales en Europa occidental, que han causado desconfianza y temor a una opinión pública sorprendida.

El deseo de incorporarse a Europa con el fin de perder lo que no consideraban como propio, la cultura eslava impuesta por los soviéticos, se confundió con la adhesión a las *Comunidades Europeas*, teniendo unas consecuencias perversas después del trascurso de los primeros momentos de cambio político, económico y social tras el colapso del comunismo.

Dos reconocidos especialistas en el tema, Ricardo Martín de la Guardia y Guillermo Pérez Sánchez, realizan un minucioso análisis sobre la evolución de Polonia y Hungría, países que se han convertido en una amenaza por el cuestionamiento de valores democráticos fuertemente asentados en la *Unión Europea*. Algunos de los problemas planteados son la efectiva división de poderes, implícitas en todo *Estado de Derecho*, puesta en duda por una desbocada expansión del poder ejecutivo; o el peso de la religión en la acción política, que se enfrenta a una larga tradición en Occidente de secularización de la sociedad.

Ello ha venido acompañado, a raíz de la crisis de los refugiados en Siria, por posiciones xenófobas alejadas del multiculturalismo. El crecimiento de un fuerte nacionalismo crítico con la pérdida de soberanía frente a Bruselas, y el imparable proceso de globalización. En este ambiente se ha producido el desarrollo de la extrema derecha como fuerza política emergente y la aparición de casos de corrupción ligados a los procesos de privatización que se llevaron a cabo.

No estaría de más una reflexión tranquila de lo sucedido, ya que el aumento de los euroescépticos no es un problema derivado del auge de las políticas «populistas» en Francia, Italia o el Reino Unido, sino también de errores en el diseño de la construcción de la *Unión Europea* y en los ritmos que se impusieron, sin leer previamente las consecuencias que podían tener.

Tres países centrales de Europa, Francia, Reino Unido e Italia, se han visto también sumidos en crisis políticas, aún no resueltas, que nos muestra la extensión y profundidad del tema que estamos tratando.

El caso francés ha sido trabajado por Bruno Vargas, el cual analiza cómo un pequeño partido de extrema derecha, nacido en 1972, se ha ido convirtiendo en una fuerza política poderosa que condiciona el comportamiento del resto de partidos y el funcionamiento de la V República. Lo que ha impedido un mayor poder institucional de dicho partido ha sido el sistema electoral, que se ha convertido en una barrera en sus aspiraciones.

Francia siempre tuvo una presencia significativa de la extrema derecha y un recuerdo, no del todo negativo, del régimen de Vichy. Su existencia por tanto no es nueva, pero sí su poder e influencia. El *Frente Nacional* ha seguido diversas etapas, donde ha combinado astutamente sus principios con una estrategia «fluctuante». Ya no se trata de insistir en el discurso anticomunista, sino de centrarse en la inmigración, señalándola como la culpable de los problemas de convivencia.

Esta idea ha estado acompañada del protagonismo del Estado-nación frente al europeísmo. Las instituciones europeas son presentadas como el problema al atentar contra la soberanía nacional, símbolo de la «Francia eterna». A ello se sumaría el carácter antisistémico que le lleva a no compartir «ni los principios ni los valores» de la mayor parte de los actores políticos.

En los cambios intensos habidos tanto en la derecha como en la izquierda tiene mucho que ver la presencia influyente de la extrema derecha. La aparición de partidos instrumentales como *En Marche!*, liderado por Emmanuel Macron, actual presidente de la República, de ideología liberal, desplazando a los conservadores, fue acompañada del hundimiento del partido socialista y la formación de una izquierda alternativa (*Francia insumisa*), coalición inspirada en *Podemos* de España y la figura de Bernie Sanders de Estados Unidos. Su líder, Jean-Luc Mélenchon, apuesta por un proceso constituyente que dé lugar a la fundación de la VI República.

Lo sucedido en el Reino Unido con el *brexit* era impensable. Primero el resultado y luego, tras la sorpresa inicial, ver cómo la «ruptura» genera tales dificultades que prácticamente la hacen imposible. Como pone de manifiesto Alejandro Quiroga, el triunfo del *brexit* en el referéndum (24 de junio de 2016) fue presentado como una revuelta popular contra las élites de Londres y Bruselas, siendo la consecuencia de la expansión del discurso nacionalista, populista y xenófobo.

Desde su entrada en la *Comunidad Económica Europea* en 1973 hubo entre los británicos un nacionalismo recurrente, alejado de los argumentos económicos, que consideraba la historia británica como excepcional, el Imperio como positivo tanto para los colonizadores como los colonizados y mantenía el mito de nación antifascista. El éxito de esta narrativa se vio alentada por el discurso de los gobiernos de Londres, excepto los de Tony Blair, al insistir en las peculiaridades de la relación británica con la *Unión Europea*. Ello favoreció que los vínculos afectivos con el resto de Europa fueran débiles y la existencia del euroescépticismo se mantuviera, aumentando con la crisis económica.

La crisis económica favoreció el crecimiento de la ultraderecha (*United Kingdom Independence Party* —UKIP—), que ganó las elecciones europeas en el 2014. Estos buenos resultados, aunque limitados en el parlamento por el sistema electoral, favorecieron la normalización de un relato xenófobo, en el que los extranjeros eran una amenaza para la comunidad nacional.

Esta situación y el temor de los conservadores, liderados por David Cameron, de sufrir una derrota electoral, llevaron a plantear la celebración de un referéndum sobre la continuidad del Reino Unido en la UE. No se temía una derrota, ya que la mayoría de los laboristas, liberales demócratas y conservadores apoyaban la continuidad. Pero en poco tiempo, con una campaña especialmente sucia y con un discurso nacionalista de miedo al extranjero y antiélites, se logró que los partidarios de abandonar la UE obtuvieran la victoria. Contribuyeron a esto último las políticas de austeridad impuestas por el gobierno Cameron.

El resultado puso de manifiesto la existencia de una profunda fractura en la sociedad británica. Frente a una Gran Bretaña cosmopolita y plural, que era mayoritaria en los centros urbanos y entre la población joven, los nacionalistas tenían su fuerza en las áreas semirrurales y en las personas de edad más avanzada. Tras el referéndum la crisis política es clara dentro del partido conservador, pero también en el laborista. A ello se añade el papel errático de Theresa May y las dificultades para llevar a cabo una negociación que se presenta como imposible, si el objetivo es llegar a acuerdos.

Italia es otro de los países que está inmerso en una crisis política. Aunque esto no parezca algo novedoso en dicho país, en esta

ocasión el gobierno salido de las elecciones de 2018 es netamente populista. Tal y como nos cuenta Jonathan Hopkin, la vida política italiana, desde la posguerra mundial, ha constituido un ejemplo de inestabilidad política, con la presencia permanente de la *Democracia Cristiana*, la existencia de un sistema electoral proporcional que incrementaba la influencia de partidos pequeños y, pese a los numerosos gobiernos, una estabilidad ideológica de estos representando al centro-derecha.

El dominio de la política se extendió al campo de la economía a través del intervencionismo estatal y la creación de un potente sector público, ocupado por los partidos, que permitía la creación de una amplia red clientelar y la extensión de la corrupción. Esa situación no se podía mantener y en la década de los noventa la clase política estaba desprestigiada. A ello se sumó la investigación de las tramas corruptas (*Mani pulite*), la descomposición de los demócratas-cristianos y los socialistas y, por último, la aparición en el norte en 1992 de un partido separatista, que vino a reemplazar a los anteriores responsables políticos, la *Liga Norte*.

El fin del sistema político de la «Primera República» abrió ciertas esperanzas de renovación en los partidos, que se frustró con rapidez por la aparición de Silvio Berlusconi, uno de los empresarios más ricos de Italia, el cual había mantenido una estrecha amistad con el corrupto dirigente socialista Bettino Craxi. Poco después en las elecciones de 1994 Berlusconi creó *Forza Italia* logrando el triunfo electoral apoyado en una coalición derechista formada por la *Liga Norte* y la *Alianza Nacional*.

La unión de intereses de empresas privadas y poder político alcanzaba así su máximo protagonismo. Se puede considerar que *Forza Italia* fue creada desde corporaciones privadas para el servicio de estas últimas, era un «partido empresarial». Con algunos cortos paréntesis Berlusconi estuvo hasta el 2011 en el poder, convirtiéndose en el primer ministro con más años en el cargo en la historia de la República italiana.

La salida de Berlusconi puso fin al modelo «del empresario», que había sustituido el de la «partitocracia» del periodo de posguerra. A falta de alternativas se confió la gobernabilidad a un tecnócrata, Mario Monti. Pero continuó la ineficiencia económica y la frustración política. Era hora de los populismos.

Así apareció, cubriendo el espacio vacío, el *Movimiento 5 Estrellas*, liderado por el cómico Beppe Grillo, estableciendo como sus principales enemigos la corrupción y los abusos de poder de la clase política («casta»). Se presentaba como el antipartido y apostaba por eliminar la mediación de los representantes políticos y entregarle directamente el poder al pueblo. Tras las elecciones de 2018 se convirtió en la fuerza política más votada.

El otro gran beneficiado de la «renovación» fue la *Liga Norte*, que ya había sido parte de la coalición formada por Berlusconi, con su líder Umberto Bossi a la cabeza. Con el comienzo del siglo XXI revisó sus mensajes, centrándose en el antieuropeísmo y el proteccionismo. Su nuevo líder, Matteo Salvini, reforzó las señas de identidad de la extrema derecha, entre otras con su política migratoria, y sus relaciones con el *Frente Nacional* en Francia, o con Steve Bannon, antiguo consejero de Trump y uno de los principales artífices de la creación de una extrema derecha europea.

España, al igual que otros países de Europa, está viviendo una intensa crisis política que se ha visto multiplicada por las consecuencias de la crisis económica y el desafío independentista de una parte de la población de Cataluña. Desde la llegada de la democracia se pusieron en marcha ciertas prácticas políticas que han ido deteriorando su funcionamiento, como explica Álvaro Soto.

Una primera fue el diseño del sistema de partidos, que ha provocado, cuando no se obtienen mayorías absolutas, una excesiva dependencia de los partidos nacionalistas del País Vasco y Cataluña, lo que ha originado situaciones de privilegio para dichos territorios. Ligada a la anterior, y como parte de un problema mayor, está la existencia de fuertes partidos nacionalista en esas dos regiones, que ha conducido a un paulatino abandono del marco constitucional existente y a la apuesta por planes separatistas que fracturan las sociedades de dichos territorios y la relación con el resto de España. El resultado es un conflicto difícil de abordar y el resurgimiento de un nacionalismo español afín a planteamientos de la derecha radical.

En tercer lugar, la consolidación de la monarquía parlamentaria estuvo vinculada al proceso de democratización del Estado. El rey Juan Carlos I tuvo un papel destacado en dicho proceso, aunque con el tiempo fue cometiendo errores y excesos que la

sociedad, en un primer momento permisiva, tendió a valorar negativamente, lo cual le condujo a la abdicación. Si bien es cierto que la monarquía parlamentaria se encuentra consolidada, también lo es que un sector de la sociedad cuestiona la monarquía, idealizando la república. El rey, en este caso Felipe VI, tiene que revalidar permanentemente sus apoyos, lo que sin duda es complicado y exigente para su persona y para la institución.

La práctica política ha ido provocando una creciente desconfianza en las instituciones representativas, contribuyendo a ello los privilegios auto-concedidos o la imagen de absentismo y falta de trabajo que mostraban algunos de sus representantes. Esa desconfianza ha aumentado con la crisis económica y la pérdida de bienestar de los ciudadanos, que han visto su situación personal agravada, mientras los políticos no daban muestras de austeridad. La frustración de los ciudadanos se ha trasladado hacia la clase política dañando con ello las instituciones.

Por último, dos cuestiones más han afectado negativamente a la situación española: la existencia de una importante corrupción y una violencia estructural. La corrupción apareció pronto con la recuperación de la democracia y se enquistó en los dos principales partidos de gobierno en España y dentro del nacionalismo gobernante en Cataluña. Sus consecuencias son muy negativas, pues provoca rechazo que condiciona la credibilidad del sistema político. La violencia, durante la transición y la época socialista (1982-1996)¹⁷, fue una constante, siendo los principales causantes los terroristas que apoyaban la independencia del País Vasco, pero también la extrema derecha, algunos grupos de ultraderecha o el propio Estado alentando y apoyando la «guerra sucia». Tras ese periodo, la violencia reapareció dentro de un marco condicionado por la globalización o en los apoyos al proceso independentista en Cataluña.

Con estos problemas de trasfondo, la gestión de la crisis económica no estuvo a la altura de las circunstancias, primero por

¹⁷ Sophie BABY, *El mito de la transición pacífica. Violencia y política en España (1975-1982)*, Madrid, Akal, 2018; Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, «Entre la normalización institucional y la “guerra sucia”: luces y sombra de la política de seguridad de los gobiernos del PSOE», en Álvaro SOTO CARMONA y Abdón MATEOS LÓPEZ (dirs.), *Historia de la época socialista. España: 1982-1996*, Madrid, Sílex, 2013, pp. 65-90.

el gobierno socialista de Rodríguez Zapatero y después por el popular de Rajoy. La situación de los ciudadanos se deterioró con caídas de salarios y el incremento del desempleo. Los jóvenes y las mujeres viven en una situación de permanente precariedad, dando lugar a una situación que no se producía desde los años sesenta del siglo pasado: el aumento de las desigualdades sociales.

Este panorama está siendo afrontado con nuevas formas de acción colectiva, desplazando a la clase obrera como sujeto principal del cambio político. Jóvenes y mujeres han adquirido un creciente protagonismo, facilitando con ello la quiebra del viejo sistema de partidos y abriendo una nueva etapa marcada por las incertidumbres.

En España la situación se complicó aún más debido al proceso segregacionista de una parte de la sociedad catalana. Como nos describe Alberto Reig, a la situación de crisis política en Europa no son ajenos los movimientos nacionalistas excluyentes, que tratan de romper los Estados constituidos y debilitar el proceso de confluencia e integración que supone la *Unión Europea*. El nacionalismo en Europa ha sido y es la raíz de numerosos conflictos, con elevados costes en vidas humanas, así como un resorte permanente para dividir a los ciudadanos.

Mientras el Reino Unido vivió el referéndum de Escocia, en Cataluña los dirigentes de la derecha nacionalista, que habían monopolizado prácticamente el poder desde 1980 y se habían visto relacionados con graves casos de corrupción en esa comunidad, decidieron, bajo un supuesto agravio, apostar por la independencia, provocando una fractura social en dicho territorio. Fueron élites apoyadas por sectores populares vinculados a la izquierda nacionalista las que tomaron la decisión rupturista, no solo del espacio territorial, sino del orden democrático constitucional y estatutario, provocando un «golpe de Estado».

Un recorrido histórico como el que se hace en el citado artículo es esclarecedor, ya que desmiente las invenciones del nacionalismo sobre el pasado común. La creación de una historia imaginaria y de ciertos mitos sustentados en falsedades permitió la realización de una identidad sentimental, basada en el enfrentamiento, donde todo lo que no se identifica conmigo es contra

Cataluña. La creación del enemigo, España, está basada en mentiras como la de «España nos roba»¹⁸.

El no reconocimiento internacional del proceso independentista, pese al reiterado intento de trasladarlo a dicho espacio, y la firme posición de la *Unión Europea* en contra del mismo, como buena conocedora de pasado del continente, además de la división de la población catalana en porcentajes parecidos, da lugar a que el conflicto se alargue en el tiempo, con un indudable coste económico y social para los ciudadanos de Cataluña y del resto de España.

Álvaro SOTO CARMONA
Universidad Autónoma de Madrid

¹⁸ Son muy interesante los argumentos de Josep BORRELL y Joan LLORACH, *Las cuentas y los cuentos de la independencia*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2015.

LOS DIAGNÓSTICOS SOBRE LA CRISIS DE LAS DEMOCRACIAS: DESDE LA LUCHA POR LA ETIQUETA A LAS PROPUESTAS DE REFORMA INSTITUCIONALES

Elena GARCÍA GUTIÁN

**Catedrática Acreditada de Ciencias Políticas
Universidad Autónoma de Madrid**

Frente a la aparente aceptación de un discurso sobre la democracia apoyado en el aumento de los países democráticos en el mundo y la consolidación de los que ya lo eran, en los últimos años parece que la tendencia es dar por sentada la crisis de legitimidad de las actuales democracias, justificada principalmente en la extensión creciente del descontento ciudadano. Sin embargo, las explicaciones de sus causas y las posibles propuestas de cambio no pueden ser más diversas.

Como es comprensible, después de haber vivido con intensidad una crisis económica que ha permitido contemplar las tensiones que son inherentes a los sistemas democráticos, mostrando sus carencias, ha aumentado la percepción de su incapacidad para abordar los graves problemas a los que se enfrentan, sobre todo en los países occidentales. Sin embargo, en otros países lo que el malestar ciudadano ha provocado ha sido la rebelión contra regímenes autoritarios en demanda, precisamente, de democracia. Por ello no hay que confundir los diferentes roles que el descontento y las protestas ciudadanas han desempeñado en cada caso —como sucedió cuando se mezclaron las luchas de la llamada «Primavera árabe» con las de los «indignados» en distintos países democráticos—.

Todo ello ha dado lugar a análisis y diagnósticos superpuestos que nos intentan explicar cuál es la actual situación de las democracias, en los que no queda claro qué parte del descontento se debe a sus problemas internos (corrupción, ineficiencia, problemas de financiación, debilidad institucional) y qué parte tiene que ver con los cambios que están teniendo lugar en nuestro mundo, que por sí mismos generan incertidumbre o miedo. Las innovaciones tecnológicas y científicas han impulsado grandes transformaciones en las relaciones económicas y políticas en todo el mundo, a los que solemos referirnos genéricamente con la etiqueta de la «globalización», que plantean complejos retos a nuestras democracias. Uno de sus efectos más importantes ha sido el de modificar los procesos de decisión y control político a nivel mundial, debilitando la capacidad de los Estados-nación que constituye la base sobre la que operan las instituciones democráticas. Desde hace décadas se ha intentado hacer frente a estos cambios con reformas institucionales (desarrollo de organismos y legislación internacionales; instituciones de control) que, paradójicamente, luego han sido las más denostadas en el momento de la crisis, al considerarse que han contribuido a erosionar la capacidad de decisión democrática de los países. A su vez, las tensiones que estos cambios (su mutación a un sistema multinivel y el aumento de la diversidad) introducen en el funcionamiento interno de las democracias son diferentes de las que provienen de sus disfuncionalidades internas (corrupción, debilidad de los partidos), aunque a veces estén relacionadas.

También han surgido nuevos desafíos, como la necesidad de hacer frente a los nuevos flujos migratorios, muchos de ellos generados por cruentos y largos conflictos armados, o los problemas de seguridad derivados de acciones terroristas. Se trata de problemas nuevos y viejos, que cambian su pelaje en el actual contexto mundial y ponen a prueba a las instituciones democráticas.

Cuando hablamos de crisis de la democracia, por tanto, nos podemos referir a cosas muy distintas en función del enfoque del que partamos y del tipo de cuestiones en las que nos centremos, aunque a menudo se conectan todos de forma bastante poco precisa, generando un sentimiento colectivo de malestar. Esta percepción de que las democracias se hallan en crisis es el argu-

mento común de las propuestas de cambio, muy diferentes entre sí, que caracterizan las actuales respuestas populistas¹. Pero ese aparente diagnóstico común entraña importantes desacuerdos a la hora de establecer qué es lo que funciona mal y de qué manera hay que afrontarlo, lo que exige una aclaración de sus distintos fundamentos y propuestas.

En primer lugar, hay que enfatizar que existe siempre un desacuerdo constitutivo sobre el propio concepto de democracia (en el plano normativo), así como sobre la línea que separa los regímenes democráticos de los que no lo son, y ello genera discursos alternativos que apelan a la crisis del modelo institucionalizado. En segundo lugar, la crisis se diagnostica cuando se considera que las democracias son incapaces de abordar los retos que plantean transformaciones de todo tipo: económicas, sociales, culturales y científico-tecnológicas, y lo que se discute es si este tipo de régimen puede asumir esas transformaciones sin perder su esencia o caer en la impotencia, y cuáles deben ser las estrategias y cambios para adaptarse. En tercer lugar, dentro del marco que fija las instituciones básicas de la democracia, también se produce una discusión permanente sobre cuál debe ser el diseño de sus procedimientos de decisión, el contenido de sus políticas y el peso que deben tener los diferentes actores institucionales y sociales, que se fundamenta en diferentes modelos de democracia. Estos modelos establecen distintas prioridades en la institucionalización de sus principios y proponen su reforma como mejora de la legitimidad de las democracias (no para acabar con ellas).

Esto explica que los discursos sobre la crisis, así como las propuestas de transformación, varíen en función del enfoque normativo que se adopte y del tipo de problema al que se otorgue prioridad para fundamentar el diagnóstico. Por ello, después de experimentar una crisis económica como la que hemos vivido, que en muchos lugares acabó etiquetándose como una crisis de representación y que ahora se plantea como crisis de la democracia, resulta importante refinar los análisis fragmentados que aparecen por doquier y realizar una reflexión más ajustada que nos permita pensar en las reformas necesarias para reforzar nuestras democracias.

¹ J. P. GAGNON, *et al.*, «What is populism? Who is the populist? A state of the field review (2008-2018)», *Democratic Theory*, winter, 2018.